



COMO  
una  
CHISPA

ser diferente no significa que tu voz no se pueda oír

ELLE McNICOLL

ANAYA

Título original: *A Kind of Spark*

1.ª edición: octubre de 2021

Publicado por primera vez en Reino Unido  
por Knights Of Knights of Ltd, 2020

© Del texto: Elle McNicoll, 2020  
© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2021  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)



ISBN: 978-84-698-6603-0  
Depósito legal: M-21109-2021  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*Para mamá, papá y Josh.  
Y para todos los niños que agitan, felices, las manos.*

## capítulo uno

—Debería darte vergüenza la letra tan fea que tienes.

Oigo lo que me dice, pero es como si me hablara de lejos. O como si me gritara desde el otro lado de una pared. Mantengo la vista clavada en la hoja que tengo delante. La leo. Entiendo las palabras a pesar de tener los ojos inundados de lágrimas. Noto que toda la clase me mira. Mi mejor amiga. Su nueva amiga. La nueva. Algunos chicos se ríen.

No levanto la vista de lo que he escrito. Hasta que, de repente, desaparece.

La señorita Murphy me ha quitado la hoja y la está rompiendo. El sonido del papel al rasgarse es tan intenso que me hace daño a los oídos. Los personajes de la historia que estaba escribiendo le ruegan que pare, pero no quiere. Hace una bola con el papel y la lanza a la papelera, pero falla, y mi historia se queda tirada sobre la áspera moqueta de la clase.

—No vuelvas a escribir con una letra tan dejada —grita. O a lo mejor no grita, pero es lo que me parece—. ¿Me

oyes, Adeline? —Prefiero que me llamen Addie—. Nunca más. Las chicas de tu edad tienen una letra más bonita; la tuya es como de niña pequeña.

Ojalá estuviera conmigo mi hermana. Keedie siempre explica las cosas que yo no puedo controlar o explicar por mí misma. Hace que cobren sentido. Ella lo entiende todo.

—¿Me has entendido?

Grita muy fuerte y después se hace el silencio. Asiento, temblorosa. Aunque no la entiendo. Solo sé que debo decir que sí.

No dice nada más. Vuelve junto a la pizarra y me deja tranquila. Noto como me mira la chica nueva, y mi amiga Jenna le susurra algo a su nueva amiga, Emily.

Este año nos iba a dar clase la señorita Bright, a la que conocimos antes de las vacaciones de verano. Dibujaba un solecito sonriente junto a su nombre y nos tomaba de la mano si estábamos nerviosos. Pero se puso enferma y la ha sustituido la señorita Murphy.

Pensaba que este curso sería mejor. Que yo estaría mejor.

Saco el tesoro de bolsillo, un regalo de Navidad de Keedie. Sabe lo mucho que me gusta usar palabras nuevas y nos hacía gracia que la palabra «tesoro» sonase a dinosaurio. Leo las distintas combinaciones de palabras para tranquilizarme, para procesar los gritos y el sonido del papel roto.

Encuentro una palabra que me gusta: «disminuir».



En días así, a la hora de comer me voy a la biblioteca. Noto que los compañeros de clase me miran mientras colocamos las sillas y nos marchamos de clase, a la vez que resuena a todo volumen la campana del colegio. Los ruidos fuertes hacen que me dé vueltas la cabeza, como si me estuvieran taladrando los nervios. Atravieso los pasillos, concentrada en la respiración y mirando siempre hacia delante. La gente habla muy alto con sus amigos, aunque los tenga al lado. Se acercan mucho, se empujan y vociferan, y se me calienta el cuello y se me acelera el corazón.

Pero, cuando al fin llego a la biblioteca, reina el silencio. Hay mucho espacio y una ventana abierta por la que entra un poco de aire fresco. Está prohibido hablar en voz alta. Los libros están ordenados por categorías y guardados en su sitio.

Y el señor Allison está en su mesa.

—¡Addie!

Tiene el pelo moreno y rizado, lleva unas gafas grandes y es alto y más delgado de lo que suelen serlo los hombres. A menudo lleva jerséis viejos. Si usara mi tesoro para describir al señor Allison, diría que es afable.

Pero simplemente diré que es majo. Porque lo es. Tengo un cerebro muy visual. Lo veo todo en imágenes concretas, así que, cuando la gente dice la palabra «majo», pienso en el señor Allison, el bibliotecario.

—Tengo el libro perfecto para ti.

Me gusta que nunca me pregunte cosas aburridas, como qué tal las vacaciones o cómo están mis hermanas. Siempre va directo a hablar de libros.

—Aquí está. —Se dirige hasta una de las mesas de lectura y deja delante de mí un enorme libro de tapa dura. Noto como desaparece la horrible sensación de antes.

—¡Tiburones!

Lo abro de inmediato y acaricio la primera página satinada. El año pasado le dije al señor Allison que me encantan los tiburones; que es lo que más me interesa, aún más que el antiguo Egipto y los dinosaurios.

Se ha acordado.

—Es como una enciclopedia —me dice, mientras me siento con el libro—. Una enciclopedia es un libro que te cuenta muchos datos sobre un tema o área de estudio. Esta trata de los tiburones.

Asiento, algo aturdida de la emoción.

—Aunque imagino que el libro no te va a contar nada que no sepas ya —dice, y se ríe a continuación para dejarme saber que está de broma.

—Los tiburones no tienen huesos —le digo, mientras acaricio la fotografía de lo que sé que es un tiburón azul—. Y tienen seis sentidos en vez de cinco. Prácticamente notan la electricidad en el ambiente, la electricidad de la vida. Además, huelen la sangre a kilómetros de distancia.

A veces los sentidos les agobian. Demasiada intensidad, demasiada fuerza, demasiado todo.

Paso la página y aparece una gran fotografía de un único tiburón de Groenlandia, nadando él solo en las aguas gélidas.

—Nadie los entiende. —Acaricio la aleta del tiburón—. De hecho, mucha gente los odia. Les tienen miedo y no los entienden. Así que les hacen daño.

El señor Allison se pasa un buen rato sin decir nada, mientras leo la primera página.

—Puedes quedártelo el tiempo que quieras, Addie.

Levanto la vista para mirarlo. Está sonriendo, pero los ojos no reflejan la alegría de la boca.

—Gracias. —Procuro trasladar toda la felicidad que siento a la voz, para que sepa que lo digo de verdad. Se vuelve a su mesa y yo me sumo en el libro. No hay nada que me tranquilice más que leer después de una clase demasiado cruel y escandalosa. Puedo tomarme mi tiempo. No hay nadie que me meta prisa ni me grite. Las palabras siguen sus normas. Las fotos son alegres y animadas, pero no me agobian.

Cuando intento dormir por la noche, me gusta imaginarme que me sumerjo bajo las frías olas del mar y nado con un tiburón. Visitamos barcos hundidos, cuevas submarinas y arrecifes de coral. Muchos colores, pero en un espacio abierto. Sin multitudes, sin empujones ni agarrones. No le toco la aleta dorsal, sino que nadamos uno junto al otro.

Y no nos hace falta hablar. Nos basta con estar allí.

## capítulo dos

Esperar a que llegue mi hermana se me hace muy largo.

Papá está cocinando cuando llego a casa del cole. Hoy es lunes, así que cenaremos pasta. Me gusta con pocas cosas. Si se le pone mucha salsa, noto como si se me ahogara la lengua, así que papá me prepara una salsa blanca para mí y otra distinta para el resto de la familia: él, mis dos hermanas mayores y mamá si no está trabajando.

—Ya casi está la cena, Addie.

Papá sabe que no debe hacerme preguntas nada más llegar. Necesito un tiempo para ponerme cómoda. Es lo que dice Keedie: es la que me lo contó primero a mí y luego se lo contó a papá. Desde entonces, todo es mucho más fácil.

Ayudo a poner la mesa y tiramos espaguetis al techo para ver si se quedan pegados. Uno se cae y papá lo atrapa con la boca. Se ríe y se lo come antes de gritarle a Nina, que está en la planta de arriba, que deje de hablarle a la cámara y baje a cenar. No oye como arrastra la silla, ni el

zumbido del objetivo de la cámara al replegarse, ni el chasquido resignado de la puerta de su habitación cuando la cierra.

Pero yo sí.

Nina es mi otra hermana mayor, siempre presente y siempre con ganas de más, aunque no sé exactamente de qué. De una casa distinta, de una vida más perfecta. De la vida que finge llevar en sus vídeos: una vida de color de rosa, pulcra y ordenada.

Tiene el pelo de color cobrizo, pero se lo tiñe de rubio, y unos cuantos *piercings*. Suele llevar falda de cuadros y jersey de cuello alto. En su habitación hay una cámara colocada en un trípode enorme y focos que parecen importantes. A través de la cámara, habla ante decenas de miles de personas sobre ropa y maquillaje.

En sus vídeos sonríe de forma distinta que en la vida real.

—¿De qué va el vídeo de hoy?

Papá siempre hace las mismas preguntas. Lo llama «hacer un esfuerzo»; que es importante para que los demás sepan que estás interesado en su vida. Pero, si a mí me interesa alguien, puedo hacerle cientos de preguntas y nunca se repiten.

—Respondo a sus preguntas —contesta Nina, mientras se sirve una ración muy pequeña de pasta en su plato. El olor de la salsa que vierte por encima hace que me escuezan las fosas nasales—. Me han bajado mucho las visitas desde que dejé de hacer vídeos enseñando mis compras.

Mamá le dijo que no podía seguir comprando tanta ropa todos los meses porque era un gasto de dinero. Se pelearon. Se oyeron portazos y me temblaron las manos.

Nina se levanta para ir a la nevera, la abre y saca una botella de zumo.

—¿Y esta dónde está?

Me he dado cuenta de que Nina habla en un tono distinto para referirse a Keedie. Tiene una voz muy visual, en dos colores distintos: uno oscuro y otro claro. Para hablar de Keedie usa los dos colores, pero no sé con qué intención.

Nina no es la hermana a la que espero, sino Keedie.

Papá no le responde, y sé que a mí no me estaba hablando, porque no me estaba mirando. Enrollo un espagueti en el tenedor; me lleva un rato.

—¿Qué tal las clases? —Noto como Nina me mira, pero no a la cara, sino al cuerpo, así que me encojo de hombros. Viene a sentarse con nosotros a la mesa—. Te he hecho una pregunta, Addie.

—Nina —le reprocha papá con delicadeza.

—No me acuerdo. —No estoy mintiendo, como luego me acusa Nina. Me cuesta recomponer las piezas una vez que he salido del edificio del colegio. Ya lo recordaré todo en cuestión de días.

—Si tú tienes muy buena memoria —me dice Nina, mientras hace rechinar el tenedor contra el plato de una manera que me pone enferma—. Si dice que no se acuerda, es que algo falla —continuó dirigiéndose a papá—. ¿Te gusta tu profesora?

En la mente se me aparecen imágenes de la señorita Murphy. De ese diente tan amarillo que tiene. De las uñas larguísimas.

—Es como dijo Keedie.

Nina deja bruscamente los cubiertos en la mesa.

—¿Ves? Estás basando tu opinión en lo que te ha contado Keedie. Fue profesora suya hace mucho tiempo, Addie. Ha pasado una semana; no puedes conocerla tan bien.

—Entonces, ¿para qué me preguntas?

No entiendo a Nina. Cuando hablamos, quiere obtener información que no sé darle. Habla a la gente que ve sus vídeos como si los quisiera. A veces la veo. Cuando iba los sábados a terapia, me ponían fotografías de hombres distintos con caras distintas. «Expresiones, no caras», me corregían. Pero eran caras distintas. Me preguntaban por sus sentimientos, pero no los reconocía. No era capaz de interpretar qué estaban sintiendo.

Pero, a base de practicar, acabé mejorando. Veía los vídeos de Nina. Miraba a la cámara con una gran sonrisa. Se la veía feliz, como si quisiera a la gente a la que le hablaba. Pero, al final, no dejaban ni dejan de ser desconocidos. Rostros a los que ni siquiera ve. Yo soy su hermana, y me mira con un gesto que no sé entender.

Nunca sé lo que quiere Nina.

Entonces lo oigo: el golpecito en la puerta acristalada de la cocina. Me levanto corriendo de la silla para abrir antes siquiera de que papá y Nina se den cuenta. He oído el roce de sus nudillos contra el cristal incluso antes de que sucediera.

Ha llegado Keedie.

Entra en la cocina por la puerta acristalada y la abrazo. Es la única persona con la que lo hago, porque siempre me abraza con la fuerza justa, sin tensión. Porque nunca se pone una colonia que me escueza en la nariz; solo huele a un jabón suave que me recuerda a casa.

—Hola, mi persona favorita. —Su voz es toda del mismo color, de la preciosa tonalidad del oro líquido.

Sonríó mientras la abrazo a la altura de las costillas. No me pregunta nada, y me suelta cuando la suelto yo.

—Nina, lo mismo hasta dejo la universidad y me hago *influencer* como tú. —Keedie se deja caer en la silla que está al lado de la mía y empieza a comer lo que queda de pasta—. No soporto a mis compañeros de clase, y las aulas dan pena.

—Qué gracia —contesta Nina con sarcasmo, aunque con una muy débil sonrisa—. ¿Qué les pasa a las aulas?

Keedie me mira y sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa en un acto reflejo.

—Mala iluminación.

Asiento, porque sé a lo que se refiere.

—Entiendo. —Nina le da otro sorbo al zumo—. Un secretito entre vosotras dos.

Una mala iluminación son luces que brillan tanto que a la gente como yo nos dan dolor de cabeza. Nos duelen los ojos, de tanta intensidad visual.

Keedie y Nina son mellizas. Pero no se parecen en nada. Keedie es como yo, autista.



Keedie y yo salimos a pasear junto al Water of Leith después de cenar. Nos gusta el sonido que hacen las suelas de los zapatos al pisar el camino de gravilla que lleva a la orilla embarrada del río. Alargo el brazo para tocar la hoja de un árbol, que pronto cambiará de color y morirá. Lloré a mares la primera vez que mamá me habló de las hojas de los árboles, pero me explicó que es normal y bueno; que no les duele morir.

—Hoy me ha gritado la señorita Murphy. —Le doy una patada a una piedra, que sale volando por los aires hasta caer en el agua corriente del río—. Porque tengo mala letra.

Keedie se detiene para mirarme. Sé que le cuesta interpretar mi cara. Nos adentramos en el puente que cruza el río. Llevo un puñado de palos para dejarlos caer.

—No debería haber hecho algo así, Addie.

—Ni lo ha leído. Decía que no lo entendía.

—Es por tu motricidad. —Keedie se para y me coge de las manos.

—¿Motricidad?

—El cerebro envía mensajes a las manos, diciéndoles qué hacer. —Me toca con el dedo la palma de la mano y luego la sien—. Cuando eres... diferente, la forma de procesar la información es algo distinta. A las manos les cuesta hacer lo que el cerebro les pide, porque se centran tanto en intentar comprender el mensaje, en ordenarlo, que no se ocupan de escribir con una letra perfecta ni bonita.

—Vale. —Dejo de andar para asumir lo que me ha dicho Keedie.

—Yo también tengo mala letra. —Me da un codazo y se ríe—. Por eso Nina no me deja escribir las felicitaciones navideñas en nombre de las dos.

Me río al acordarme de Nina, sentada junto a la chimenea el pasado diciembre, con todas las felicitaciones esparcidas delante de ella. Se lo toma todo muy en serio, incluido el envolver los regalos.

—A la universidad voy con un ordenador portátil —agrega Keedie—. Me facilita mucho las cosas.

Me mordisqueo el labio inferior.

—No creo que la señorita Murphy me deje.

—No —contesta Keedie con un suspiro—. Si mal no recuerdo, no soporta todo aquello que pueda servirle de ayuda a alguien.

—Este curso hay una chica nueva en clase. —Cambio de tema, cosa que, según mamá, es importante si una no tiene nada más que decir—. Es de Londres.

—Cómo mola.

—Creo que aún no tiene amigas.

—Pues —dice Keedie mientras, con un gesto, me indica que empiece a tirar los palos al río— quizá podrías ser amiga suya.

—Si le gusta la biblioteca —respondo mientras dejo caer el primero de los palos y veo como salpica al caer al agua—, me parece bien.

—¿Y Jenna?

—Se sienta con Emily. Y a Emily no le caigo bien, creo.

A Keedie sí puedo contarle estas cosas. Si se las contase a mamá o a Nina, me dirían que es una tontería y que debería sentarme a comer con ellas y ser amiga de las dos.

Que sea amable y simpática, porque ella también quiere ser mi amiga.

Pero Keedie sabe que no es tan sencillo; que las primeras impresiones son horribles; que hacer amigos no es nada fácil. Noto los susurros, las miradas y las risitas. Y sé que eso no es nada bueno.

—Pues entonces deberías hacerte amiga de la nueva —dice Keedie.

Asiento con la cabeza. En los últimos años han cambiado las cosas. Antes me era fácil acercarme a la gente en el patio para pedirle jugar. Pero ahora todos se sientan en grupitos cerrados para hablar en vez de jugar.

Echo de menos jugar.

—Mira. —Keedie se aparta los mechones dorados de la cara—. En la universidad no le he contado a nadie que soy autista.

Levanto la vista para mirarla fijamente. Es altísima, de piernas que parecen tan largas como mi cuerpo entero.

—¿Y eso por qué?

Keedie nunca ha tenido miedo de hablar de su autismo. Como dice papá, está «orgullosa» de ser autista. Se lo diagnosticaron más o menos a la misma edad que a mí, entre los nueve y los diez años. Mamá dice que Nina lo hacía todo como debía ser: tardó poco en aprender a andar y a hablar, le gustaba casi toda la comida y sacaba

buenas notas en el colegio. Pero Keedie no habló hasta los cinco años. Ahora comenta, en broma, que era porque no tenía nada que decir. No se llevaba bien con los demás niños, se peleaba con los profesores y le costaba controlar sus emociones. Solo participaba en clase si el tema le gustaba o le interesaba. Mamá dice que a veces la llamaban del colegio para informarle de que Keedie se había marchado de clase de matemáticas.

Keedie es la que me lo explica todo; la que me cuenta por qué tengo mala letra y por qué los ruidos fuertes y los colores vivos me hacen arder la cabeza.

A ella nadie se lo explicó.

—La mayoría de la gente sigue sin entenderlo, Addie.

—Pero... —Siento la repentina necesidad de hacer movimientos repetitivos; la conversación se está complicando—. ¿No es más difícil intentar camuflarlo todo el rato?

Los movimientos repetitivos que hago cuando estoy agobiada se llaman «estereotipias». Las manos me aletean y no puedo dejar de mover las extremidades. A veces siento la necesidad de darme palmaditas en la nuca. Hay estereotipias buenas y malas, pero casi siempre tengo que esconderlas. «Camuflar» es fingir ser una persona neurotípica, lo contrario a lo que somos. Tenemos que contener las estereotipias, las conductas que nos tranquilizan, y debemos mirar a los demás a los ojos. Keedie me dice que es como cuando los superhéroes tienen que fingir que son personas normales.

—A mí ya se me da genial. —Keedie me guiña un ojo, grande, verde y brillante, que me cuesta interpretar.

Las personas no son como los libros. Los libros que uno ya conoce son siempre iguales y tranquilizadores, con las mismas palabras e imágenes. Sin embargo, las personas, aun conocidas, siempre pueden cambiar, por muchas veces que uno intente interpretarlas.

De camino de vuelta a casa, Keedie se detiene.

—¿Te apetece bajar la cuesta corriendo?

—¡Sí! —grito.

Así que echamos a correr. Agito feliz las manos, sin que nadie me diga que contenga mi estereotipia. Keedie grita y canta. Llegamos al final de la cuesta, alegres y sin aliento. Keedie me da un abrazo rápido por la espalda y volvemos a casa bajo la tenue luz de septiembre.

# ELLE McNICOLL

Elle McNicoll es una nueva autora escocesa de literatura infantil que reside en el este de Londres. Como escritora neurodivergente, le interesan los derechos y la representación de las personas con trastornos neurológicos y ejerce de mentora de alumnos neurodivergentes en la UCL. Cuando no está escribiendo ficción, trabaja de editora, y en su tiempo libre fabrica gargantillas de colores para sus amigas. *Como una chispa* es su primera novela.

# SOLO PUEDO PENSAR EN LAS BRUJAS

**D**esde que mi profesora nos habló de los juicios contra las brujas que tuvieron lugar aquí hace cientos de años, no puedo dejar de pensar en ellas. Esas mujeres no hacían magia. Eran como yo. Diferentes como yo. Soy autista. Veo cosas que otros no ven. Oigo sonidos que los demás pueden ignorar. Y a veces siento demasiadas cosas a la vez. Pienso en las brujas, sin nadie que las defendiera. No quiero que las brujas caigan en el olvido. Porque su historia es mucho más de lo que parece a simple vista, igual que la mía.



**Libro ganador del Blue Peter Book Award 2021  
y del Waterstones Children's Book Prize 2021.**

1525256

ISBN 978-84-698-6603-0



9 788469 866030

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)